

IDENTIDAD Y CRISIS EN ANTROPOLOGIA

Carlos E. Pinzón C.
Antropólogo, Instituto Colombiano de Antropología

Para nadie es un secreto que la Antropología está en crisis; crisis de identidad que debe ser diganosticada a partir de la identidad de la crisis.

Identificar la crisis podría sonar a grandes elucubraciones a las que tanto estamos acostumbrados los antropólogos con el fin de complicarlo todo más y no solucionar nada. El estilo aburridamente coloquial y la necesidad de colocar un estatuto filosófico, es una herencia atávica cuando enfrentamos problemas cuyo origen está en la estrategia de cómo hemos venido realizando nuestro que-hacer profesional en el marco de un mundo sumido en una de sus peores crisis históricas.

El "objeto" de nuestra disciplina se torna cada día más borroso; tenemos crisis de identidad frente a las demás disciplinas que conforman el saber de las ciencias sociales y encontramos enormes problemas cuando tratamos de trabajar con modelos de las ciencias exactas.

La definición misma de la cultura se ha convertido en un verdadero dolor de cabeza para justificar la dimensión en la cual se supone somos entendidos, y a estos problemas retornamos cuando tratamos de explicarnos por qué no podemos explicar el problema al cual nos enfrentamos.

El propósito de esta ponencia es vislumbrar otro continente en donde podamos dar cuenta de la crisis que nos afecta en el contexto de nuestra propia especificidad, es decir, cómo encarar el problema de la identidad y de la crisis en el proceso de búsqueda de identidad de nuestro propio proceso histórico. Se trata en lo profundo de saber si andamos a la caza de fantasma, o si por el contrario, la identidad nacional es un proyecto a realizar.

El primer supuesto nos lleva a plantear que la identidad nacional es un arquetipo y que debemos encontrarlo. En este primer caso suponemos también que los colombianos sabemos qué nos hace colombianos y que tal identidad no requiere un conocimiento profundo de nuestra historia y además que el arquetipo se reproduce en todos nosotros en virtud de no sé qué fuerza misteriosa que nos obliga a ser lo que somos.

En este primer caso, la identidad nacional aparece como un proyecto realizado y nuestra tarea consistiría en desentrañarla.

El segundo supuesto que nos coloca frente a un proceso distinto, la identidad nacional ES UNA FALSA IDENTIDAD, ENSEÑADA A TRAVES DE UN FALSA CONCEPCION DE LA HISTORIA Y DEL PAPEL QUE TODOS JUGAMOS EN ELLA.

Desde luego que la falsa conciencia de identidad no es un proceso que se enseña por entero en el colegio o en la escuela; es el grado de penetración de las instituciones coloniales y capitalistas en el modo de EXPERIMENTAR LA VIDA COTIDIANA. Esto nos lleva necesariamente a postular un nuevo campo sobre el cual debe extenderse la mirada del antropólogo: cómo se experimenta el obrero, el campesino, el indígena, frente a su vida cotidiana? ESA EXPERIENCIA SENTIDA, es el discurrir de la identidad y de la crisis.

Así la historia comprendida como experiencia vivida de los acontecimientos del diario transitar por el mundo de eventos de la cultura, plantea una nueva esfera de análisis. La identidad será entonces la pugna entre la falsa conciencia, que se presenta como historia oficial y las múltiples historias populares.

La historia oficial recreará en sus discursos y en el acontecer de la cotidianidad la visión del mundo, de los grupos y de las clases dominantes del país. Tal propuesta encuentra su materialidad en la forma como se enseñan las Ciencias Sociales en las escuelas y en los colegios del país.

Veamos pues los contenidos y los fines de tal enseñanza:

La historia del país aparece como el producto de grandes personalidades que a través de grandes guerras o reformas políticas han forjado la textura de nuestro ser nacional. En esta historia las etnias del país no han tenido ninguna aportación, o su papel se restringe a acompañar a los héroes a consolidar su destino inefable de gloria.

Por otra parte, el tiempo de la historia es el tiempo del pasado, es algo que ocurrió o aquellos eventos excepcionales que ocurrirán en el futuro, impulsadas por voluntades heroicas.

La historia oficial es la ley de la escritura, en tanto que lo escrito en los textos de la HISTORIA, un gran panteón de seres cuasimíticos, que por

sus servicios a la causa patriótica reposan en la letra-testimonio como paradigmas de lo que debe ser el hombre colombiano.

La historia oficial es un guión epopéyico, en donde generales, mariscales, y jefes políticos son los protagonistas indiscutibles. Sus guerras son el inventario de las hazañas las cuales reducen la historia a un itinerario de semidioses creadores del mundo.

La historia es la mitología de las clases y grupos dominantes del país. Ellos aparecen modelando un orden social, jurídico y cultural cuya naturaleza es incuestionable, ya que la sociedad construida es producto del anhelo de libertad y de democracia de los héroes.

La sociedad ha sido el producto —en esta versión— de compensar mediante hazañas, lo que la naturaleza no les dió a las otras etnias del país. La colonia y luego la burguesía, crean la sociedad para “civilizar” a los “salvajes indios” y negros y darles la oportunidad de entrar a “occidente” donde se encuentra la “verdad” de cómo pensar, vivir y actuar.

La historia que occidente intenta imponer se rige por la axiomática del etnocidio y de la colonización. Para Occidente HACER LA HISTORIA significa borrar las diferencias, lo que sólo es posible destruyendo y aniquilando todas las otras culturas.

La HISTORIA UNIVERSAL no es sino el intento de universalizar la historia occidental, la cual pretende instalarse en todo tiempo y lugar. Su lema de acción es la uniformidad, la univocidad; de modo que interpretar la historia y enseñarla no es una ingenua tarea, es más bien, en nuestro caso colombiano, un que-hacer político pues la historia que se enseña es etnocida. Se trata de borrar del campesino, del obrero, de todos aquellos que han caído en el aparato escolar occidental cualquier traza de identidad cultural con el fin de integrarlo al movimiento devastador de occidente. Este etnocidio perpetrado contra la conciencia de la identidad de los hombres se convierten en un atropello y en una violación a los derechos humanos “de comprenderse a sí mismos y a los demás a partir de un libre acto de reflexión y sin que medie para ello la coacción y el miedo, o lo que es peor, la falsificación deliberada de los instrumentos de reflexión” (B. Batalla, 1979).

La negación del “otro” es la característica fundamental para absorberlo. Reducir su presencia a una ausencia total es quizás la operación básica en la enseñanza de la historia. El indio, el negro, el campesino, el mestizo, el obrero, están negados en el discurso histórico oficial de Colombia. Sólo aparecen allí para ser redimidos e integrados. La abolición de la esclavitud por ejemplo, la cual se presenta como un acto de voluntad de un corazón reformista, antes que como el producto de las luchas de las etnias negras. Las conquistas sociales, el derecho a la vivienda, el derecho a la salud, el derecho al trabajo, siempre son obra de REFORMADORES. La economía del país es presentada allí como el fruto y el sacrificio de grandes empresarios. Los trabajadores sólo serán apéndices de las máquinas, los trabajadores del campo instrumentos de producción; en otras palabras, el

pueblo trabajador es convertido en un instrumento cosificado y se despersonaliza por completo la participación de quienes son los verdaderos agentes de producción del país.

Este saber enseñado en esta forma tiene fines perversamente manipuladores, pues pretende que a través de esa falsa conciencia se borre la verdadera realidad del país. La falsa conciencia instala en los niños colombianos la negación de sí mismos a través de valores que invitan a avergonzarse de sus verdaderos antepasados porque sencillamente la historia de los grupos culturales a los que ellos pertenecen está sustituida y borrada de un solo trazo al negárseles todo papel en la producción de la historia cultural del país.

Las etnias y las culturas son reducidas a epítetos de “salvajes”, “incivilizados”, en comparación con el modelo de occidente el cual sería “la civilización” y “la cultura”. Con ello se logra que el niño se sienta “fuera” de la historia que su cotidianidad se experimente como tiempo no histórico, es decir, tiempo inútil y muerto. Que el saber cultural de su grupo étnico se vivencie como ignorancia y atraso; y así por extrapolación, experimentará a las otras etnias y grupos culturales del país como más o menos atrasados que el suyo. Esto logra inyectar la sensación de vacío y de carencia permanente que es la puerta de entrada a la sensación de vivir en occidente. Así queda inscrito en el cuerpo del niño el fantasma de no ser y carecer; fantasma que será ocupado por los aparatos de consumo y los signos de prestigio a los cuales se acoplará para tratar de llenar la experiencia desastrosa de haber sido convertido en un ser “incompleto”.

La cultura a la que pertenece el niño será desvalorizada como tal. No se le entregará una imagen total de su cultura pues se le dará a entender que la cultura es “el arte”, “las buenas maneras”, “las reglas de cortesía” de Occidente y que su cultura es “INCULTURA” y que lo único rescatable es el folklor, pero sólo como curiosidad exótica para el turismo. A este respecto diríamos con Jaulin que: “lo que hace vida para una cultura, es su estructura; cuando se le paraliza, cuando se le toma fuera de los actos fundamentales que son las comunicaciones de residencia, de consumo, de producción y de amor entonces, se le oculta, se le amputa, se le FOLKLORIZA, y es en verdad que se quiere acabar con ella”.

Pero el mal no acaba allí. Tan pronto como una cultura intenta rebelarse contra la agresión, historicida y culturicida que occidente le impone, entonces el texto sagrado de la escritura dirá que se trataba de un acto de desobediencia y que en nombre de la paz hubo que emprender “una campaña de pacificación”; de este modo de nuevo el militar como figura central de la historia de occidente acomete una nueva “hazaña” “pacificadora”, destruir los intentos de rebelión de “indiecitos ignorantes” que atentan contra “la paz y la seguridad”.

La falsa identidad crea en los niños la sensación de desconexión y de no interacción. La historia oficial no hace conexiones entre las regiones y si las hace es para destacar figuras de caudillos y de guerras entre regiones

por el poder del Estado. Así se logra encubrir los procesos de producción social, económicos e históricos como producto de la interacción del hombre con la naturaleza, como producto de la integración, comunicación y acción de los hombres mismos; como producto de la división del trabajo que hace que cada comunidad distribuya oficios que se complementan. Así el trabajo es desarticulado por la historia oficial y reducido a la categoría de “trabajo individual”; el proceso de organización social es transformado en un régimen de voluntades y la comunidad disociada a través del espacio del trabajador individual, el cual es “buen o mal” trabajador. Las regiones aparecen pero sólo para crear tipologías discriminadoras y racistas: el costeño es “perezoso”, el indio es “flojo”. Esta visión destroza los verdaderos nexos inter-regionales y fomenta el regionalismo enfermizo.

La interdependencia es negada por completo en la historia. La desconexión del niño con su propia cotidianidad y su entorno inmediato lo lleva a desconexiones cada vez más amplias y más complejas. Si está desvinculado de su localidad, sea esta urbana o rural, con mayor razón se siente desvinculado de las regiones del país. El niño de la ciudad no comprende de dónde provienen los alimentos ni cómo el campesino contribuye a crear los alimentos para su propia subsistencia; el del campo no comprende cómo la ciudad llega al campo a través de bienes y servicios: maquinaria agrícola, electrificación rural, etc.; en otras palabras el proceso real de integración nacional a través de intercambio de bienes, servicios, valores, creencias, costumbres es encubierto y se vé como fruto de la representación política de caudillos regionales y gamonales regionales que con “el sacrificio y la lucha” consiguen “auxilios” presupuestales para el desarrollo de su región.

La historia oficial se encarga de impartir valores que deforman la heterogeneidad del país. No se vé, por ejemplo, al niño del Amazonas como un protector del medio ambiente, sino como un “indio salvaje”; no se vé al niño Cogi como, un niño con un gran espíritu comunitario, sino como una parranda de “indígenas que sabotean la enseñanza de la religión y que se niegan entrar a Occidente”; no se vé en la maloca Barí un modelo arquitectónico de integración humana, sino “ranchos de paja sucios habitados por indígenas promiscuos”; al campesino se le vé como a un ignorante y supersticioso” y el obrero es un “analfabeta”.

Ahora bien, si la identidad nacional es un proyecto a realizar:

Qué hemos hecho los antropólogos para realizarlo y qué hemos dejado de hacer?.

De hecho, la mayoría de las investigaciones en Colombia padecen de un excesivo localismo, factor que es necesario en un momento del desarrollo de las investigaciones, pero que después se convierte en un obstáculo enorme por superar.

Por otra parte, hay demasiado celo en el manejo de la información y cada quien pretende un poco ser el verdadero intérprete de “su”

comunidad, cuando no de "su" informante, aspectos que en cierto modo están justificados por la forma como algunos extranjeros han hecho uso y abuso de la información de investigadores nacionales. Con todo, la realidad nacional sigue siendo un rompecabezas en nuestras manos y cada uno continúa con su ficha en la mano.

La pregunta a planear sería: cómo llevar a cabo el proyecto que permita la creación de una verdadera identidad nacional?. La respuesta en parte, es aprovechar legítimamente la coyuntura que presenta a nivel de la enseñanza de las ciencias sociales en la primaria y el bachillerato, puesto que en estos momentos se adelanta un cambio curricular, que está impregnado de un nuevo espíritu y que oxigena la pedagogía en Colombia.

Este cambio curricular por primera vez ha consultado la opinión de expertos en investigación de las ciencias sociales, a tiempo que los pedagogos han aportado sus experiencias en el conocimiento de la relación cultura y escuela. Estos dos esfuerzos han creado un marco teórico cuyos objetivos son:

"Si se tiene en cuenta que los diversos temas y problemas de las ciencias sociales están enraizados en la experiencia cotidiana de la persona, es decir, en su historia, su cultura y su medio social, es comprensible que el desarrollo científico de estos temas aportará cada vez más a la comprensión de su pertenencia y a la búsqueda de alternativas hacia una sociedad más humana.

De lo dicho anteriormente se desprenden los siguientes objetivos de las ciencias sociales:

Un primer objetivo es hacer consciente al alumno de su medio social, cultural, ambiental, económico, histórico, político, etc., de tal manera que él vaya conociendo las interrelaciones de ese medio y la manera como éstas influyen en su comportamiento individual y su acción social. Sin embargo, es necesario al mismo tiempo mostrar cómo la pertenencia pasada y presente es susceptible de ser transformada por las personas y grupos que interactúan en el medio natural y social al que pertenecen. En consecuencia, un segundo objetivo de las Ciencias Sociales es capacitar al alumno para reflexionar responsablemente sobre su medio y su pertenencia. Reflexionar significa poder tomar distancia de todos aquellos condicionamientos analizados en el primer objetivo.

Tomar distancia de la pertenencia conduce al logro de un tercer objetivo, cual es capacitar al alumno para sugerir posibles y diversas alternativas de transformación con respecto al desarrollo histórico, social y cultural de la comunidad. Se buscará privilegiar como las mejores alternativas aquellas que más corresponden a las necesidades reales de la comunidad, aunque se contrapongan a intereses y necesidades individuales.

El discernimiento entre actitudes y valores marcadamente individualistas y aquellos que corresponden más a la comunidad llevará a un cuarto objetivo: plantearse el problema fundamental de la acción en sociedad, es

decir, la responsabilidad ética. Esta se inscribe en la condición de ser social del hombre. Si se reflexiona que el hombre como persona necesita de los demás para realizarse autónomamente en su contexto social e histórico, en la familia y en la comunidad, se descubre como principio fundamental de su acción la responsabilidad para con los demás. Esta responsabilidad propia de sus acciones como ser libres es la 1983).

Esta apertura en la enseñanza de las Ciencias Sociales implica una formidable empresa que consiste en desmontar la falsa conciencia histórica actual para convertir a la escuela en un espacio que permita el paso de las historias no oficiales de las culturas populares, de las culturas indígenas, es decir, dejar transitar el discurso de la heterogeneidad, pero nó como una masa caótica de conocimientos sino con los instrumentos que permitan a los niños agenciar la heterogeneidad para encontrar las articulaciones del proceso en el que ellos mismos están inmersos.

El reto entonces, para la Antropología Colombiana consiste en construir las herramientas que hagan posible que el saber sobre las comunidades particulares pueda ser visto al mismo tiempo en su especificidad y en su interdependencia con el proceso que las articula en el todo dinámico de nuestra cultura en formación.

Este proceso, por supuesto, no es una meta a corto plazo y aquí no nos hacemos ilusiones con respecto a las "aperturas" del Estado, pues bien sabemos que la escuela no puede ser neutral; pero tampoco consiste en descartar los aparatos escolares como medios de instrumentación. La escuela servirá como medio hasta donde su naturaleza lo permita. Más allá la tarea seguirá en manos de la autogestión comunitaria. Lo importante es que el proyecto de la creación de una identidad nacional se ponga en marcha con o sin el estado. De otra forma, es imposible darle un sentido a la Antropología sino es el de entregarle una verdadera imagen de la realidad a aquellos que verdaderamente la crean.

Estas reflexiones no aspiran a delinear un programa paso a paso de cómo construir una identidad nacional; tan solo intentan construir un espacio nuevo desde dónde orientar la solución al problema de la identidad y de la crisis.